

## ANDRÉS MARTÍNEZ ORIA: LIBROS Y FLORES A PROPÓSITO DE *FLORES DE HINOJO*

Manuel Garrido



Andrés Martínez Oria completa una trilogía viajera con un nuevo título y nuevas flores. En línea con los dos anteriores el título es un pentasílabo, detalle menor, si se quiere, pero ilustrativo de un escritor que cuida el ritmo de su prosa con primor de orfebre artesano y lo mide con esmero del poeta que en verdad es y demostró ser en *La hoja que cae en espiral*. *Flores de hinojo*, como rotula su viaje por Cabrera, sucede a *Flor de saúco*, el anterior, dedicado a Ancares, y a *Flores de malva*, que fue el primero, fruto de su caminata por la Sequeda.

Las tres flores han sido escogidas con intención para evocar tres territorios, cada uno con su historia y su rica tradición, que ahora también comparten la desolación de un destino marcado por tres cruces: despoblación, abandono, silencio. De esa historia y ese destino queda tan solo una flor, solitaria figura heráldica en su escudo. Pero cada una con su matiz propio. En cuanto a la malva, escogida para la Sequeda, es seguramente la de menor potencia sensorial, pero a cambio es la más explícita en la sugerencia en cuanto flor asociada a los cementerios. Hay que tener en cuenta que las tres fueron tierras de emigración, pero es que en un pueblecito de la Sequeda se puede ver en una bifurcación un letrero indicador con sus dos flechas contrapuestas: *A Madrid*, señala una, y *al cementerio* la otra.

Puso al frente de Ancares el saúco. El saúco es más doméstico, crece exuberante en las ruinas, tan abundantes en los pueblos en declive. Florece a principios del verano en los días largos de sol ardiente y entonces perfuma el aire con un aroma intenso evocador de otros tiempos de esplendor en las calles abandonadas y en silencio. Palpita alborotada en las construcciones derribadas y otros rincones la lluvia de ramilletes planos color marfil.

Y ahora cuelga el hinojo sobre Cabrera. Es acaso la flor más sugestiva de todas, porque en ella se equilibran los dos sentidos que se enfrentan a una flor, la vista y el olfato. El hinojo pertenece a los campos, es flor clásica donde las haya, tan bucólica como georgica. Se inclina hacia caminos y senderos, erguida en sus orillas, y en esa franja de aire todo es aroma para el caminante. Crece asimismo en las lindes de las tierras de labor. El perfume a anís suave que respiramos al pasar nos transporta a los tiempos de los campos labrados, así como a los senderos y claros del bosquecillo de encinas, los montes habitados y los rumores del pastoreo. Repitamos que hinojo y saúco remiten al esplendor del verano, cuando la malva evoca más bien el otoño. Los matices del sentimiento corresponden a los matices de las mismas flores, y así, en los primeros nos parece sentir o percibir la nostalgia por el gozo que se fue, mientras que en esta última es la melancolía por su pérdida la que nos invade.

Cada uno de los dos anteriores rotulaba un territorio descubierto por el autor en la senda de una flor, un perfume, pero ni siquiera mencionado. Así ocurre también con este, solo que el territorio estaba ya descubierto y no precisamente desde hace poco y de cualquier forma. Hace ya más de cincuenta años Ramón Carnicer publicaba un libro que terminó adornado con toda una retahíla de esdrújulas: clásico, emblemático, polémico, bajo un título explícito y contundente: *Donde las Hurdes se llaman Cabrera*.

El título en realidad partía de una hipótesis: bien conocido el término *Hurdes* como sinónimo o paradigma de atraso y marginación, ya desde el viaje de Alfonso XIII en 1922 y sobre todo desde la película rodada por Buñuel en 1932, se trataba de comprobar si Cabrera sería también Hurdes. Lo era y el título se convirtió en la tesis de una denuncia sin ambages. En

caso de desconocer la carga significativa del término, el título se volvería incomprensible. En aquellos años del siglo pasado todavía tenía vigencia y de ahí que Carnicer lo escogiera. De más está decir que las viejas aristas se han perdido.

*Flores de hinojo* surge a su sombra, pero no hubo, por supuesto, en su autor ningún ánimo emulante, el suyo fue más bien un seguimiento ambulante en la distancia, al modo como sentía y dijo Estacio de Virgilio: “Lejanamente sigo tus huellas venerables”. Solo trató de seguir en la distancia de cuarenta años después el mismo itinerario del maestro berciano en un camino hecho también andando, mochila al hombro, bastón en mano.

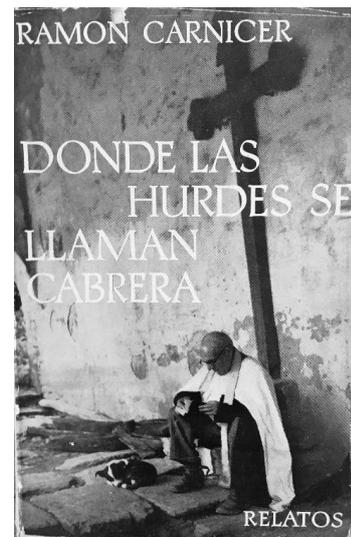
Diríamos, pues, que el título de Carnicer nos coloca frente a un enfoque más intelectual y analítico, derivado de la ecuación Cabrera=Hurdes, mientras que el de Andrés descubre su propósito sensorial como punto de arranque y disparo, que no es un sabor, como el ejemplo ya tópico de Proust, sino una visión, un aroma: la visión de una flor amarilla palpitando en el aire sobre el campo, su aroma evocado. Su propósito, fuera del interés de seguir un mismo camino, pero cuarenta años después, fue diferente del de Carnicer, como es natural pensar y razonable esperar en dos escritores de altura y trayectoria sostenida por el rigor literario e incluso la profesionalidad.

#### CADA LIBRO EN SU TIEMPO

Cada libro deja su huella con más o menos relieve marcado en su tiempo, tanto como el tiempo y las circunstancias de su aparición pueden igualmente refluir sobre aquel y modificar su recepción. Gracias a esas circunstancias, *Donde las Hurdes se llaman Cabrera* fue durante años eso que se llama un libro de culto, y como ocurre con muchos de ellos, más citado que leído, más citado por polémico que apreciado por sus valores literarios intrínsecos, que es lo que esperamos en un libro y que son los que en definitiva prevalecen, una vez perdida la tensión polémica de la actualidad.

Es probable que el libro hubiera pasado desapercibido, de no ser por el rechazo escandalizado de ciertas autoridades públicas, que con sus protestas lo que consiguieron fue justamente el efecto opuesto de atraer la atención general sobre él. Ciertamente es que el libro, respondiendo a una cierta boga literaria de la época, se inscribía en la estela iniciada en 1948 por el *Viaje a la Alcarria* de Cela, pero es obvio que Carnicer carecía del prestigio del gallego. Por lo demás, el enfrentamiento polémico propició que la atención se desviara del libro como tal para quedarse en el impacto del título y su identificación con la comarca maldita o

centrarse en escenas, encuentros, descripciones o valoraciones, aspectos extraliterarios en cuanto percibidos como excusa o simple vehículo de denuncia social.



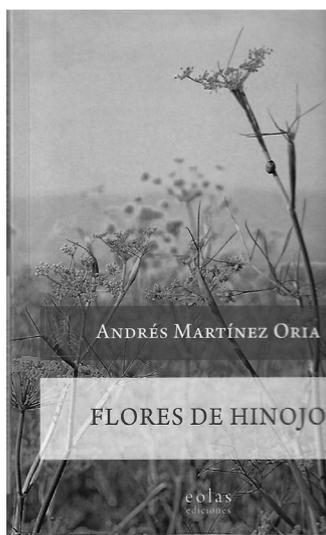
Portada de la edición de 1964 del libro sobre la Cabrera de Ramón Carnicer.

#### CADA ESCRITOR EN SU LIBRO

Ramón Carnicer era el hombre que podía acometer el libro que escribió en el tiempo exacto para ello. Su curiosidad intelectual era notable y muy amplia, se sentía ante todo escritor y tenía un gran sentido de la responsabilidad como ciudadano, todo ello equilibrado por el sentido del humor. Así equipado, a principios del verano de 1962 emprendió el viaje de una semana a pie por los caminos de la Cabrera Baja, fruto del cual fue el libro aparecido dos años después, en 1964. Contó lo que fue viendo, tal como se propuso al emprenderlo, y lo hizo con estilo sencillo, preciso y sobrio, reflejo de él mismo y su personalidad. Y no se lo propuso ni tampoco podía esperarlo, pero él fue el inventor de un territorio: lo encontró en efecto allí recluido en su rincón, pero otros gracias a él lo encontraron también después de él, no importa si la atención fue atraída por otros factores externos al mismo libro. Y al menos en cierta medida el territorio descrito por él se convirtió en mítico tras él. Y es que los valores propios del libro en cuanto obra literaria por encima de todo, más el revuelo sociopolítico que despertó su aparición lo convirtieron en algo único y singular, monopolizador de un tema, una cuestión discutida: Cabrera. Y así, modestamente se puso en la fila de los creadores de otros míticos territorios literarios famosos. Pero es obvio que Cabrera, como la Sequeda o Ancares, no es un tema, y en cuanto territorio, por mítico que sea, se puede volver a descubrir y describir, como se puede volver a contar su historia y revivir sus historias.

Cada libro es también el hombre que lo escribió. Carnicer queda retratado en su retrato: un intelectual acuciado por la curiosidad que, partiendo de ese enfoque sostenido en la comparación crítica Hurdes-Cabrera, aborda una descripción en la que no se escamotean los contrastes hirientes, pero siempre con humor y hasta ternura, para lograr retratos de gran vigor.

Si no el social, que depende de las circunstancias, el descubrimiento literario de un lugar, de un ámbito o territorio siempre será posible, o no existe la literatura. Aquí está la prueba en estas flores, donde Andrés por su parte, como no podía ser menos, se retrata también. Podría decirse que su enfoque queda más bien a la mediana altura de los sentidos, el oído, el olfato, la vista, y deja que el sentimiento, como un perrillo oliscón, fluya libremente y sin ataduras de prejuicio por el territorio bajo los pies.



Así lo vemos, cuando en los primeros compases del camino, se detiene y pronuncia por vez primera el nombre del título, porque al mover unos hierbajos con el bastón, “le llega el olor dulzón, a anís silvestre, del hinojo”. Pero tan solo otras dos veces lo menciona, que yo recuerde, una de ellas al salir de Castrillo, camino de Saceda, donde sobre un fondo de esquilas de ganados perdidos por los valles, percibe de pronto “el olor anisado del hinojo que crece por las cunetas”. Pero hay más aromas, por supuesto, y entre ellos destaca este al pasar por Castroquilame: “de la ladera ardiente de flores viene el olor intenso de las jaras y el cantueso”.

El caminante narrador se conmueve ante el cuadro bucólico, dicho así por él mismo, que le ofrece el vallecito de la Virgen del Valle y que no desmerecería en el “relato pastoril de alguna Arcadia soñada”, para concluir: “Idilios amorosos, diálogos de pastores, églogas y serranillas en bosques umbrosos y prados por donde discurre el agua”. El cuadro se repite al lle-

gar al llamado castro de las Iglesias, saliendo de Castrillo hacia Saceda. Allí, sentado al pie de una encina, frente al bosquecillo donde suenan las esquilas del rebaño sobre el rumor del agua en el fondo del valle, hilvana un largo párrafo evocador de la encina como árbol sagrado y oracular y de la poesía bucólica “en el bosque inflamado”. Dentro de ese aire bucólico debe asimismo enmarcarse el capítulo justamente rotulado “La vaquera de Saceda”, con un guiño evidente a la copla de Santillana.



Valle de la Virgen del Valle, entre LLamas de Cabrera y Odollo.

Hay que destacar su visita al pueblo que lleva en su nombre la flor elegida: Castrohinojo. Era una visita movida por la obligada cortesía, pero también por la discreta curiosidad de conocer el pueblo donde Girón y sus compañeros encontraron refugio con frecuencia. La fatiga de la subida le valió la pena, porque allí le dijeron cosas muy interesantes dos mujeres con las que conversó, una de las cuales fue la novia y compañera de Enrique Yáñez, *el Chaval*, pero de eso se enteró al día siguiente. Anota de paso la curiosidad de que el grupito de casas un poco apartado a la sombra de un roquedal se llame Egipto. No se lo dijeron, pero tiene su explicación: en esas rocas se abre la que allí llaman la Cueva de los Moros. Y vamos a ver, ¿de dónde vienen los moros? Respondamos en la línea de alguna de las acotaciones del autor: “¿De dónde van a venir? De Egipto”. Yo sospecho que la denominación no es muy antigua y debe de estar relacionada con la presencia de algún soldado del pueblo en la guerra de Marruecos o acaso con la permanencia durante un tiempo en la zona de soldados moros tras la guerra civil.

Pero no hay que olvidar que este escritor retratado en su retrato es un novelista. El suyo será un libro de los llamados de viajes, pero es sobre todo el libro de un novelista. Ya el mismo título se ofrece como clave. Para empezar, lo que esperaríamos en un libro de este género es la mención del territorio recorrido y contado, y en este por el contrario solo encontramos unas flores, un rótulo sencillo, pero sugerente, para una an-

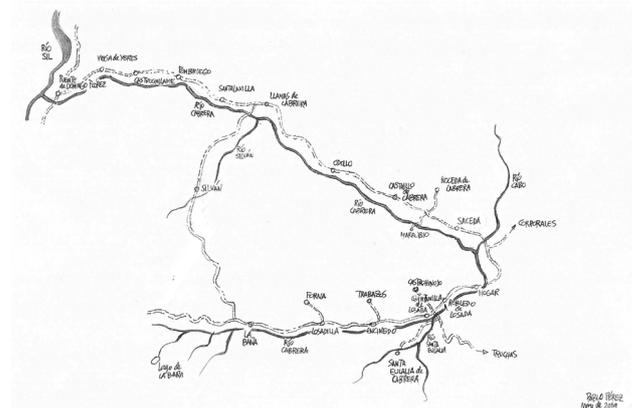
dadura en cuya narración se implica sin rubor para dar paso a sus pensamientos, observaciones, elucubraciones, acotaciones, en una exhibición de recursos expresivos. Esta es una diferencia notable con Carnicer, que por ejemplo solo una vez se permite, aparte de alguna nota al pasar, una confesión personal. Es el pasaje narrado en el capítulo *Depresión en Odollo*, donde se describe cogido en una ratonera sin salida, agobiado en una habitación por el calor insostenible y la música estridente de una orquestina de pueblo bajo la ventana, y con el recuerdo en el estómago de una comida insufrible.



Arquitectura popular en Pombriego.

Entre esos recursos está en primer lugar el gusto por la acumulación minuciosa, diríamos que puramente literaria, en las descripciones. En el paraje llamado Virgen del Valle ve la nota de un muerto en accidente y allí recupera un pequeño catálogo de epítafios clásicos. Asimismo es de destacar la retahíla humorística que acumula sobre las moscas, mientras las vacas rumian. En una fuente cerca de Robledo descubre una ranita y le dedica un largo párrafo descriptivo y asombrado. Está también la invocación que hace al salir de Llamas: qué fue de aquellos niños, hombres, mozos y mozas, “qué del hombre que estudiaba bachillerato en la capital y tuvo que dejarlo para volver al pueblo cuando murió su abuelo, maestro. ¿Serán suyos los túmulos del camposanto?”.

Pero donde mejor destacan sus dotes novelísticas es en el episodio en el hotelito de Quintanilla, protagonizado por el gato Miky, al que dedica nada menos que tres páginas. Ahí desarrolla toda una teoría sobre el gato ocioso, un canto de sus virtudes exhibicionistas, una disquisición teñida de humor. No lo esperaríamos en un libro puro de viajes, pero ya se ve que este no lo es, o repitamos que en todo caso no es el libro de viajes de un caminante, sino de un caminante en viaje que goza contando las cosas que le pasan y los pensamientos, ensoñaciones y elucubraciones que se le ocurren, así sean sobre un gato imperial.



Recorrido que realizó Andrés M. Oria en junio de 2003 desde Puente Domingo Flórez hasta La Baña.

Y ya cerca de La Baña, dando vistas al pueblo, hay toda una página y media en la que acumula observaciones y comentarios sobre residuos y restos de animales y también la gran abundancia de excrementos animales, ante todo “la deyección de cualquier ave, voladora o no, pájaros plúmeos, implumes y mitológicos...”.

Es en fin el libro del autor que contiene más diálogo, toda una novedad en quien ha sido más bien parco en el recurso. Por ejemplo, en Pombriego mantiene largas conversaciones con dos o tres personas, así como con Piedad, la mujer que lo conmovió en Nogar. La visita al museo de Encinedo, guiado por D<sup>a</sup>. Olimpia, la maestra, incluye en el recorrido el diálogo con ella, y ese diálogo sigue al salir con otras personas con las que se encuentra. Pero está sobre todo en el penúltimo capítulo, cuando llega a La Baña y allí se encuentra con un hombre llamado Isaac y él se convierte en el centro de un largo diálogo, salpicado nada menos que por quince páginas.

Los diálogos a veces se componen de breves acotaciones de tipo coloquial, que ya aparecían en *Flores de malva*, a veces matizadas de humor o picardía. Y no tiene empacho en hacer un guiño cómplice al lector, como cuando remata una observación de tipo moral de esta guisa: “qué bien queda eso, lector severo, no lo niegues”. Con frecuencia la acotación toma forma de leve pulla. Lo hace al citar a Elvira, Señora de Ribera, hija de un emperador y tía de otro, a la que nombra “Infantissa”, como lo hacían sus escribanos y notarios, para concluir: “Ahí queda eso para las feministas que se sienten agraviadas con una palabra tan bella como poetisa”.

Pero el viaje acabó, cesó la descripción, concluyó la conversación, se hizo el silencio y el viajero hizo su última confesión: “más que nada fue la soledad y el abandono de los pueblos lo que impresionó al caminante”.

\*Fotografías: Miguel A. Fuertes Manjón y Pablo Pérez García.

\*Mapa dibujado por Pablo Pérez García (mayo de 2019).